



LA ANUNCIADA

Historia y mensaje

Por Sor M^a del Carmen Arias, Clarisa

Nuestras raíces



En Asís, pequeña ciudad de Italia situada en el centro del valle de Umbría, nacieron Francisco y Clara. Dos nombres, dos vidas, “dos leyendas inseparables, cuya realidad sólo puede entenderse con categorías cristianas, espirituales, del cielo” (Juan Pablo II).

Santa Clara, “plantita” de S. Francisco, nunca pensó en ser fundadora de una Orden. Sin embargo, también a ella “el Señor le dio Hermanas”. Su testimonio de vida retirada en el pequeño convento de S. Damián, pronto arrastró tras de sí a otras muchas mujeres nobles, que dejándolo todo se lanzaron gozosas al seguimiento de Cristo Pobre y Crucificado. Aun hoy, a pesar de la crisis mundial de vocaciones, la Orden de las Clarisas sigue siendo la más numerosa entre las instituciones femeninas de la Iglesia, con más de 18.000 Hermanas y 1.248 Monasterios esparcidos por todo el mundo.

Uno de estos Monasterios es el de “La Anunciada” de Villafranca del Bierzo, una población histórica, religiosa, artística y monumental perteneciente a la provincia de León, situada en la confluencia de los ríos Burbia y Valcarce, cuya formación urbana se remonta hasta el siglo XI. Enclavada en plena ruta jacobea, Villafranca del Bierzo constituye el último tramo del Camino de Santiago antes de entrar en Galicia.

En esta villa señorial, “Perla del Bierzo” del que llegó a ser Provincia en el siglo XIX, habitaron místicos anacoretas y monjes de la alta Edad Media, y también religiosos de Órdenes y Congregaciones posteriores: Los hijos de San Francisco, Santo Domingo, San Agustín, San Ignacio de Loyola, San Juan de Dios, San Vicente de Paúl y otros fundadores más recientes se han dado cita en la Villa del Burbia, siendo la Familia Franciscana, en su rica gama de carismas y expresiones, la más antigua y numerosa.



El Monasterio

Nuestro Monasterio se denomina desde su origen "Ntra. Sra. de la Anunciada". El edificio data de Edad Media y corresponde al antiguo hospital de peregrinos dedicado al Señor Santiago. Su fundación debe a la generosidad de D. Pedro de Toledo Osorio, quinto marqués de Villafranca y virrey de Nápoles en tiempos de Felipe II. De su matrimonio con D^a Elvira Mendoza, hija de los marqueses de Mondéjar, nacieron cuatro hijos. La segunda de éstos se llamó María, nacida en Nápoles el 10 de enero de 1581, mujer de excepcionales dotes humanas y carismas sobrenaturales. Desde niña sintió una fuerte atracción por las cosas de Dios: a los siete años hizo voto de castidad y antes de los 14 decidió hacerse Clarisa Descalza.



la
se
de

En 1594 muere doña Elvira y cuatro años después el marqués regresa a España y se establece en Villafranca, encomendando el cuidado de sus hijos a su hermana D^a María de Toledo y Colonna, viuda del duque de Alba y fundadora de la Laura en Villafranca. María tiene 18 años y don Pedro comienza a concertar su boda con el duque de Braganza, pero la joven, fiel a su propósito, se opone tenazmente, manifestando sus deseos de consagrarse a Dios en el silencio del claustro. Sospechando don Pedro que la decisión de su hija se debía a influencias de la duquesa, puso en juego todas las estrategias para hacerle desistir de su vocación. Teniendo que ausentarse de Villafranca por razones de su cargo, mandó trasladar a María al cercano castillo de Corullón, bajo la tutela del duque de Fernandina, su hijo mayor, prohibiendo toda comunicación entre tía y sobrina. Mas la intrépida joven, émula de Clara de Asís, apela a la fuga nocturna para lograr su ideal: haciendo tiras de sábanas, una noche se descuelga por un balcón del castillo, ayudada de sus criadas, e ingresa en la Laura.

Enterado el marqués, consigue del Papa licencia para sacar a su hija de aquel convento. María por su parte recurre también al Papa, quien la anima en su decisión, dándole oportunidad de elegir otro convento en distintos lugares de España, donde podrá estar provisionalmente, mientras una comisión eclesiástica se encarga de explorar su voluntad. María elige el Monasterio de la Concepción de Villafranca y allí permanece durante ocho meses, al cabo de los cuales don Pedro, convencido de la vocación de su hija, la induce a profesar la Regla concepcionista. Profesión que la joven María emitió solamente por obedecer a su padre, pero que en el fondo de su corazón no llenaba su ideal de austeridad, expresado en la descalcez franciscana. Pasado algún tiempo el marqués reconoce que su hija no es del todo feliz y decide

fundarle un convento a su gusto. Así nació en Villafranca del Bierzo el **Monasterio de Ntra. Sra. de la Anunciada**.



La fundación

Cuentan los biógrafos de Santa Clara que su madre, madonna Hortulana, solía peregrinar cada año a los grandes santuarios de la Cristiandad, Roma, Tierra Santa, Santiago de Compostela... Por su parte las crónicas franciscanas aseguran que el año 1214 fue san Francisco quien emprendió el camino hacia España llegando hasta Compostela para venerar las Reliquias del Apóstol. Una y otro no pudieron menos de realizar su viaje a través del llamado “camino francés”, pasando por la *Vico francorum* (“villa de los francos”), así llamada Villafranca por la afluencia de peregrinos franceses que se quedaron a vivir por estas tierras. De san Francisco, sabemos que se detuvo aquí varios días predicando el Evangelio, y en correspondencia la villa le cedió sitio para un eremitorio junto al Hospital de Santiago, dando así origen al Convento de San Francisco que más tarde se trasladó a la parte alta de la villa y del que hoy sólo se conserva la iglesia.

Dicen también que en el mencionado Hospital, donde se hospedó el Santo, el Espíritu del Señor le reveló que, andando el tiempo, una avechilla de su Orden vendría a poner aquí su nido. Y así fue: Andando el tiempo, exactamente el **24 de abril de 1606**, fecha en que tuvo lugar la erección canónica del nuevo Monasterio, el antiguo Hospital de peregrinos se convirtió en morada de Hermanas Pobres de Santa Clara, que cual místicas avechillas hicieron de sus viejos muros el nido de sus amores.



Tres fueron las Clarisas elegidas para esta fundación, procedentes del Monasterio de las Descalzas Reales de Madrid y Trujillo (Cáceres): M. María de la Concepción, Abadesa, M. Mariana de los Ángeles, Vicaria y Maestra de novicias, y M. Mariana de S. Jerónimo, Portera. Dos días después, **el 26 de abril**, tenía lugar la solemne entrada de D^a María de Toledo, que al tomar el hábito cambiará su nombre por el de **Sor María de la Trinidad**. Con la hija del marqués vistieron el hábito clariano otras cinco novicias, a las que pronto se fueron sumando otras muchas, de modo que a los diez años de fundarse el Monasterio habitaban en él una treintena de monjas.

Después, dependiendo de las circunstancias políticas y sociales de cada época, el número de Hermanas tuvo sus altibajos, pero la Comunidad como tal siempre gozó de gran prestigio religioso, siendo muchas las monjas que a lo largo de estos cuatro siglos destacaron por su virtud y santidad, así como por sus dotes literarias y su habilidad para el bordado, la música, la pintura, etc. Todo un patrimonio espiritual y artístico que ha llegado hasta nuestros días.

María de la Trinidad, mujer eucarística

Nuestra fundadora María de la Trinidad, tuvo un gran paralelismo con Santa Clara de Asís: Ambas nacieron en Italia de “noble estirpe” y pronto sintieron la llamada de Dios a una misión muy concreta en la Iglesia: la vida contemplativa según el carisma franciscano; las dos tuvieron que apelar a la “fuga” para realizar su vocación, luchando contra viento y marea hasta conseguir su ideal de pobreza evangélica; ambas en fin, mueren con fama de santidad y son representadas por los artistas con el símbolo eucarístico en las manos.



No es fácil encontrar en la iconografía cristiana a una mujer sosteniendo la custodia eucarística. Sólo Clara de Asís y María de la Trinidad han merecido este honor. En Clara recuerda el gesto realizado en vida por la santa para defender a sus monjas y la misma ciudad de Asís del asedio sarraceno, signo evidente de su fe y confianza en el Señor sacramentado. En María de Toledo es expresión de su vida eucarística y también de su gran humildad: Obligada por su padre a dejar en el lienzo su bello retrato como recuerdo para sus monjas, pidió con lágrimas que le

pusieran el ostensorio en las manos, *para que cuantos la vieran pudieran confundirla con santa Clara, y a través de su imagen adorasen al Santísimo Sacramento.*

Su principal objetivo al renunciar al mundo y optar por la vida del claustro no era otro que poder dedicarse día y noche a alabar y adorar al Señor Dios en el Sacramento del altar, supliendo así el olvido y la ingratitud de los mortales, ofreciendo su vida y sus oraciones por las necesidades de la Iglesia y del mundo entero, intercediendo de modo especial por los pobres y los enfermos.

Los días más felices para Sor María eran aquellos en que podía recibir el Pan de los ángeles, dado que en aquella época no se permitía aún comulgar diariamente. El día anterior lo dedicaba al retiro y la oración, en riguroso ayuno, como preparación para el banquete eucarístico, convirtiendo los días siguientes en una prolongada acción de gracias, abismada en la contemplación y el coloquio con el Amado de su alma.

Bien podemos, pues, aplicar a la fundadora de la Anunciada el elogio que de Santa Clara hiciera Juan Pablo II: *“Toda la vida de Clara era una eucaristía, porque al igual que Francisco elevaba desde su clausura una continua acción de gracias a Dios con la oración, la alabanza, la súplica, la intercesión, el llanto, el ofrecimiento y el sacrificio. Acogía y ofrecía todo al Padre en unión con la infinita acción de gracias del Hijo unigénito, niño, crucificado, resucitado y vivo a la derecha del Padre”* (Carta a las Clarisas.).



Iconos de María

“Por inspiración divina os habéis hecho hijas y siervas del Altísimo y sumo Rey, el Padre celestial, y os habéis desposado con el Espíritu Santo, eligiendo vivir según la perfección del santo Evangelio” (San Francisco de Asís).

Por la castidad consagrada, la religiosa participa espiritualmente del misterio de la virginidad de Cristo y de su madre María. Por eso santa Clara exhorta ardientemente a sus hijas: *“Adhiérete a esta Madre dulcísima, que engendró un Hijo que los cielos no*

podían contener. Ella llevó a Cristo materialmente en su seno de doncella; así también tú, siguiendo sus huellas, en especial la humildad y pobreza, puedes llevarlo siempre espiritualmente en tu cuerpo casto y virginal". La misma Santa fue una fiel imitadora de la Virgen Madre, hasta tal punto que sus contemporáneos no dudaron en llamarla "impronta de la Madre de Dios".

Dotada de una exquisita afectividad y sensibilidad femeninas, Clara amaba entrañablemente a todos los seres, pero sobre todo a las Hermanas que compartían su mismo ideal evangélico. En la Regla escrita por ella misma, siempre que menciona a Jesucristo evoca también la figura de María.

Para Clara y sus hijas el seguimiento de Cristo Pobre y Crucificado es también seguimiento e imitación de la Virgen *pobrecilla*, que desde Belén al Calvario participó del anonadamiento de su Hijo viviendo en la más estrecha pobreza y humildad. Al describir el hábito que identificará a las Hermanas de su Orden, a la santa Madre no le preocupa tanto la forma o el color, cuanto la vileza y sencillez propia de los pobres. Y ello por amor del Santísimo Niño de Belén, *"envuelto en pobrísimos pañales y reclinado en un pesebre, y de su Santísima Madre"*.

Sois en la Iglesia un "icono" particular del misterio de María, dirá Juan Pablo II dirigiéndose a las Clarisas. En efecto, en la medida en que las Hermanas, a imitación de la Virgen de la Anunciación, acogen con fe y amor la Palabra del Señor, están expresando la misteriosa fecundidad apostólica de su maternidad espiritual en la Iglesia.

Contemplación y misión

El movimiento franciscano que en la lejana edad media dio la vuelta al mundo, hoy, después de ocho siglos, sigue vivo y actual, como vivo y actual es el Evangelio. Vivir el Evangelio, predicar el Evangelio, ser testigos del Evangelio, en una palabra, apostar por Cristo todas las consecuencias.

He ahí la "Forma de vida" diseñada por San Francisco de Asís, y seguida hoy en día por más de un millón de hombres y mujeres que componen la gran Familia Franciscana: Los Hermanos Menores a través de la predicación y el ministerio sacerdotal, las Hermanas Clarisas ejerciendo el ministerio contemplativo, y los Terciarios Franciscanos, seculares y religiosos, dedicándose a las más diversas formas de apostolado activo: enseñanza, catequesis, sanidad, evangelización, atención a los más pobres. Todos ellos, desde la



del
con

San

complementariedad franciscano–clariana, trabajan por un mismo ideal: servir a la Iglesia y al mundo anunciando la Paz y el Bien del Evangelio.

Un día Clara de Asís, movida de su ardiente deseo del martirio, sintió la tentación de abandonar su retiro y acompañar a los Hermanos en sus viajes apostólicos por tierra de “infieles”. Pero San Francisco, que sabía por experiencia lo ineficaz que resulta el apostolado externo sin el respaldo de la oración contemplativa, en la que Clara era maestra consumada, le hizo recordar que *“la parte mejor”* era precisamente la que ella había elegido. Así, mientras él y sus frailes caminaban por el mundo sembrando la Palabra de Dios, la intercesión de Clara y sus monjas alcanzaría del cielo la eficacia necesaria para su labor apostólica. Es la gran paradoja de la vida contemplativa y su misteriosa fecundidad espiritual, proclamada por el Magisterio de la Iglesia de todos los tiempos, sobre todo a partir del Concilio Vaticano II:

“Los Institutos de vida contemplativa, por sus oraciones, obras de penitencia y tribulaciones, tienen importancia máxima en la conversión de las almas, siendo Dios mismo quien, por la oración, envía obreros a su mies, abre las almas de los no cristianos para escuchar el Evangelio y fecunda la palabra de salvación en sus corazones” (Concilio Vaticano II: *Decreto AG, 40*).

La Clarisa, por tanto, no es un ser ajeno a las necesidades y problemas de sus hermanos los hombres, y menos aún a la causa misionera de la Iglesia, sino que por su misma consagración se convierte en don de Dios para todos, *“un don que se coloca en el centro del misterio de la comunión eclesial, acompañando la misión apostólica de cuantos trabajan para anunciar el Evangelio. Hay una relación íntima entre oración y difusión del reino de Dios, entre oración y conversión de los corazones, entre oración y aceptación fructuosa del mensaje salvador y sublime del Evangelio”* (Juan Pablo II, *Discursos a las monjas de clausura*).



Nuestra iglesia

Una de las principales aspiraciones del quinto marqués de Villafranca al fundar el Monasterio de la Anunciada fue dotarlo de iglesia propia, en la que se pudieran celebrar los divinos oficios con el máximo esplendor. Pero su muerte inesperada no se lo permitió, y sólo después de cincuenta años la Comunidad pudo ver realizado este legítimo deseo

del fundador.

Construida entre 1655–1660, de estilo barroco–italiano, la iglesia de la Anunciada es uno de los más bellos monumentos que encierra Villafranca del Bierzo. Su mayor riqueza artística la constituye el majestuoso retablo mayor, de madera de nogal policromada, cuyas piezas principales fueron adquiridas en Italia por el fundador del Monasterio. Consta de dos grandes arcos, el primero, obra del arquitecto villafranquino Francisco González, contiene tres hermosos relieves del estilo de Becerra y estofados: el del centro representa la Anunciación, titular de la iglesia y Monasterio; en plano más bajo, a la derecha, el Nacimiento de Cristo, y a la izquierda los Desposorios de santa Catalina de Alejandría. La parte más representativa es el Templete que da cobijo a la famosa Custodia o Tabernáculo, de bronce sobredorado y mármoles, de casi tres metros, traída de Roma, en cuya base se halla instalado el Sagrario. El segundo arco, sobre pilastras y columnas salomónicas, así como la “gloria” churrigueresca que corona todo el retablo, fueron añadidos a finales del siglo XVIII.



Las paredes del templo se hallan decoradas por una colección de pinturas donadas igualmente por el fundador del Monasterio, con escenas de la vida eremítica, obra de los pintores flamencos Paul Bril, Wenzel Coberghner, Willem I van Nieulandt y Jacob Frankaert I

En la parte izquierda del presbiterio se encuentra la hornacina–sepulcro de san Lorenzo de Brindis y la urna de bronce sobredorado que guarda sus Reliquias. Desde 1917 la iglesia de la Anunciada está consagrada, y agregada a la basílica romana de S. Juan de Letrán. En el año 2006, con ocasión del IV Centenario de la fundación del Monasterio, S.S. Benedicto XVI se dignó conceder la gracia de la **Indulgencia Plenaria**, en la forma acostumbrada (confesión, comunión y oración por el Papa) a los fieles que desde el 24 de abril de 2006 hasta el 11 de agosto de 2007 visitaran la iglesia Jubilar de la Anunciada participando en algún acto litúrgico o rezando ante las Reliquias de S. Lorenzo de Brindis.

El Panteón de los Marqueses

A los pies de la iglesia de la Anunciada, a nivel más bajo, tras un arco de medio punto cerrado con verja de forja se encuentra el magnífico *Panteón de los Marqueses*, así llamado por estar en él el sepulcro del Marqués fundador y algunos de sus descendientes. Es de forma cuadrada, con bóveda rebajada y decorada con

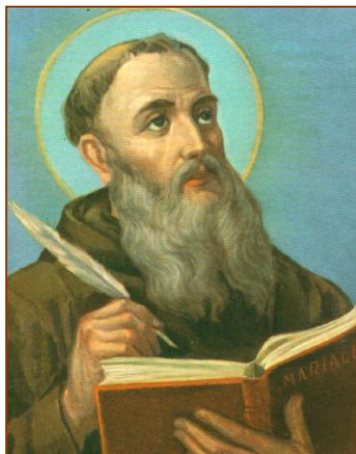
figuras alusivas al Juicio final. Tiene cinco lucillos con decoración toscana que albergan imágenes y reliquias de varios santos. Lo preside un Cristo de tamaño casi natural hecho con caña de Indias, de una sola pieza y hueco, teniendo por fondo una pintura mural que representa la ciudad de Jerusalén.

En su centro, sobre elegantes leones de arte napolitano, se alza severo el sepulcro del marqués, de mármol florentino pompeyano, que alberga los restos de D. Pedro de Toledo y de su hija Sor María de la Trinidad. Tiene forma de mesa y en sus cuatro márgenes se puede apreciar (en letra gótica) la siguiente inscripción:



Espejo de discreción,
rayo, terror y castigo.
triunfante de su enemigo.
sepulcro cenizas son.
No se sabe la razón
de tan lastimosa suerte;
pero que viendo más fuerte
otro poder, espantada,
dicen que al romper su espada
hizo la muerte esta muerte.

Los sepulcros laterales, de igual materia que la mesa central, corresponden a diversos miembros del Marquesado de Villafranca. En el pavimento de tierra tiene lugar el enterramiento de las Hermanas del Monasterio.



Vinculación con San Lorenzo de Brindis

El 22 de julio de 1619 muere en Lisboa el santo capuchino Lorenzo de Brindis, venido a España como embajador ante Felipe III. Don Pedro de Toledo, gran amigo del santo, testigo de los muchos milagros que le viera obrar en vida, consiguió del rey licencia para trasladarlo al Monasterio de la Anunciada. Era el 10 de agosto cuando el cuerpo embalsamado de fray Lorenzo llegaba a Villafranca, siendo recibido por las monjas y el pueblo entero con todos

los honores de cuerpo santo, atribuyendo a su intercesión numerosos milagros.

Con esto se cumplía la predicción del santo hecha en Nápoles a la hija del marqués: “Después de mi muerte te daré mis plegarias y mis huesos”. Se trata, pues, de una herencia espiritual legada por los fundadores de la Anunciada, que la Comunidad ha sabido conservar y promover hasta el día de hoy.

San Lorenzo nació en Brindis el 21 de julio de 1559. A los 15 años ingresó en la Orden Capuchina. Ordenado sacerdote en 1582, recorrió toda Europa irradiando la luz del Evangelio. Consejero de papas y reyes, fue el asombro de su tiempo por su actividad apostólica y humano saber, al que unía la práctica de las más excelsas virtudes. Sus conocimientos de la Sagrada Escritura eran excepcionales, hasta saber de memoria la Biblia. Dejó escritas obras admirables que le han merecido el título de “Doctor Apostólico”. Entre ellas destaca el *Marial*, conjunto de 85 sermones sobre las prerrogativas de la Virgen Madre, primera obra del santo traducida al castellano y publicada por la Biblioteca de Autores Cristianos el año 2004.



Lorenzo de Brindis fue beatificado el 1º de junio de 1783, canonizado el 8 de diciembre de 1881, y proclamado Doctor de la Iglesia el 19 de marzo de 1959. Su fiesta se celebra el 21 de julio y goza de una gran popularidad en todo el Bierzo, donde es conocido y venerado como “*el Santo de Villafranca*”. Su sepulcro es como un oasis para los peregrinos que llegan hasta aquí implorando su ayuda e intercesión, a fin de recobrar fuerzas espirituales antes de escalar la difícil y empinada subida a “O Cebreiro”.



El Ciprés de la Anunciada

El Ciprés de la Anunciada, situado en la parte alta de la huerta conventual, a pocos metros del primitivo cementerio de las monjas, fue plantado por la fundadora María de la Trinidad, con ocasión de la llegada del cuerpo de san Lorenzo de Brindis a Villafranca.

Testigo silencioso –que no mudo– del devenir histórico del Monasterio y del Bierzo, este emblemático árbol es símbolo vivo del frondoso carisma franciscano-clariano arraigado en Villafranca a partir de aquel 24 de abril de 1606. Es como un faro de luz en medio de las sombras, un indicador perenne de los valores trascendentes que día a día se fraguan en el misterioso recinto de la clausura: tiempos de silencio, de oración y contemplación, alternados con horas de trabajo manual, estudio, descanso, recreación, todo con la mirada del alma fija en “*el Dios Altísimo, sumo y eterno Bien, total Bien, Señor Dios vivo y verdadero*”... (S. Francisco de Asís)

Su majestuosa figura, cuna y albergue de infinidad de pajarillos, nos habla de profundas experiencias místicas, de sinfonías divinas, de firmeza y esperanza, de lo importante que es crecer hacia el cielo, buscar las cosas de arriba... Nos dice y proclama que la fe es posible, que servir al Señor Dios en pobreza y minoridad, en alegría y amor fraterno, es posible. Su elevada figura siempre verde (“*cupressus sempervirens*”) es una invitación constante a cultivar los valores del espíritu, el amor y el respeto a la vida, a la naturaleza, a la creación entera.

A los pies del ciprés hay una cruz de piedra y en ella una placa de bronce que recuerda la visión sobrenatural que tuvo Sor María de la Trinidad un domingo del Buen Pastor: Estando la sierva de Dios orando en el antiguo Relicario, cuya ventana miraba a la huerta, vio junto al ciprés la figura de Jesús adolescente, ataviado de pastor, rodeado de tantas ovejitas cuantas eran las religiosas que formaban la Comunidad. Arrebatada del divino Espíritu, traspasó milagrosamente la reja y fue a postrarse a sus pies, permaneciendo largo rato en divinos coloquios.



Las Hermanas de entonces y de siempre no dudaron en interpretar este hecho extraordinario como signo y garantía de la protección divina sobre la nueva fundación. De ahí el cariño y veneración que la Comunidad mantiene hacia este santuario natural, al que acude con frecuencia para orar, recordar, agradecer... De ahí también el fervor y entusiasmo con que celebra cada año el domingo del Buen Pastor, 3º después de Pascua y Jornada Mundial de Oración por la Vocaciones. En la Anunciada es también el día de las novicias, quienes se encargan de adornar el recinto, colocando junto a la cruz la imagen del Buen Pastor, en torno al cual giran los actos más significativos de la jornada, con rezos y cantos que recuerdan el idílico suceso y dan pleno sentido a esta fiesta entrañable.

Desde hace algunas décadas nuestro Ciprés se ve amenazado por una serie de plagas y enfermedades que amenazan su conservación. Pero gracias a los

tratamientos fitosanitarios que desde el año 2002 le viene aplicando un equipo especializado de la Diputación de Valencia, dirigido por D. Bernabé Moya Sánchez, dichas enfermedades se van atenuando paulatinamente.

Su valor histórico, cultural y paisajístico ha llevado a los expertos a catalogarlo entre los Árboles Monumentales de la Península Ibérica como el ciprés más antiguo de España y el más alto de Europa, valores que le han merecido ser elegido para figurar en la serie filatélica “Árboles Monumentales 2006”.

AL CIPRÉS DE “LA ANUNCIADA”

*El cielo te eligió tierra y cuidados;
tierra berciana y monjas de clausura
propicias te empujaron a la altura
y hacia el cielo creciste ensimismado.*



*¡Cuántas ansias de Dios por ti han trepado
por vislumbrar siquiera su hermosura!
¡Cuántas almas en mística aventura
en ti hallaron escala hacia el Amado!*

*Patriarca de cipreses enclaustrados,
Villafranca venera tu figura,
y con tu dedo Dios ha señalado*

*adónde el alma encuentra la ventura,
cuando el cuerpo a tus pies haya dejado
y vuela cual paloma blanca y pura.*

.....

*¡Ciprés afortunado,
cuatro siglos ciñendo tu cintura!
Mas tu razón de amor no ha terminado,
dejar que tu te mueras es locura.*

M. Santos

La “gracia” de trabajar

Francisco y Clara consideraron el trabajo como un don de Dios y lo llamaron "gracia". Ambos tenían muy presente que con la venida del Hijo de Dios al mundo, que en el taller de Nazaret trabajó con sus propias manos, el trabajo humano recobró toda su dignidad, como participación en la obra creadora y redentora de Dios. Las facultades humanas, la habilidad personal, la capacidad de iniciativas, son otros tantos dones del Padre celestial que nadie debe "apropiarse" egoístamente, sino que hemos de devolverlos al mismo Señor multiplicados en el servicio a los hermanos.



Para Clara y sus hijas el trabajo es una forma de vivir la pobreza evangélica y mantener el necesario equilibrio de la vida contemplativa. No importa el tipo de trabajo que se realiza, lo importante es que cada Hermana desarrolle al máximo los propios talentos por medio de una renovada formación espiritual y técnica y los convierta en servicio útil, acompañados siempre del espíritu de oración.



Además de las tareas ordinarias de la casa, que son compartidas por todas las Hermanas, existen en la clausura servicios que requieren una mayor pericia y responsabilidad, asignados de trienio en trienio por la Abadesa, teniendo en cuenta la índole y aptitudes personales. En la actualidad, con la imposición de la informática y otras tecnologías, el trabajo diario resulta mucho más fácil y productivo, sin bien no excluye la creatividad.

Por medio del trabajo, las Hermanas no sólo procuran el sustento cotidiano y evitan la ociosidad, sino que ofrecen a la sociedad un verdadero testimonio de cooperación y solidaridad con los más necesitados. La práctica evangélica de socorrer a cuantos pobres y transeúntes acuden hoy en día al



torno del Monasterio, compartiendo con ellos ropa y alimentos, no es ninguna novedad, pues se remonta a los tiempos mismos de la fundación, siendo la propia Madre María de la Trinidad, la iniciadora de esta loable costumbre.

La alegría franciscana



Uno de los elementos fundametales de la Orden Franciscana es la alegría. Una alegría que nace de la fe, del asombro ante el misterio de la Presencia del Dios uno y trino en lo íntimo del corazón, en las Hermanas y hermanos, en las maravillas de la creación. Y es que la tristeza es incompatible con el encuentro permanente

con Cristo. Para san Francisco, los seguidores de Jesús no pueden *“mostrarse tristes exteriormente, sino más bien gozosos en el Señor, alegres y debidamente agradables”*.

No de otra manera sentía santa Clara. En su vida y en sus escritos palpita continuamente el gozo y la alegría de saberse tiernamente amada por Dios. Es el gozo que brota de un corazón limpio y agradecido, capaz de hacer fiesta de lo más sencillo, y que se manifiesta en una actitud de pobreza y humildad, porque todo se recibe como don con rostro alegre y jovial.

En la Anunciada no sólo se reza y se trabaja. También existen tiempos de sano esparcimiento, de recreo diario y fiestas especiales, en que el silencio queda relegado a las horas de rigor para dar paso a la alegría y expansión del ánimo, necesarios para fomentar la sana familiaridad y la alegría fraterna. Una alegría que se hace desbordante sobre todo en Navidad, con las tradicionales danzas en el refectorio, al son de panderetas y castañuelas. Pero no menos ruidosas son el cumpleaños y



onomástico de las Hermanas, Bodas de Plata o de Oro de Profesión religiosa, aniversarios especiales...

Tampoco faltan momentos de recreo improvisado, como cuando la hermana nieve nos sorprende con su deslumbrante aparición. ¿Cómo no salir al jardín o a la huerta para contemplar de cerca tan maravilloso espectáculo, y con el Hermano Francisco entonar *loas* al Creador?



**PARA TÍ, JOVEN,
QUE BUSCAS EL
VERDADERO SENTIDO
A TU VIDA:**

Si aún no has decidido cuál ha de ser el destino que mejor se acomode a tus proyectos, abre los ojos y el corazón a la Palabra de Dios:

“Yo soy la luz del mundo. El que me siga no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la Vida”...

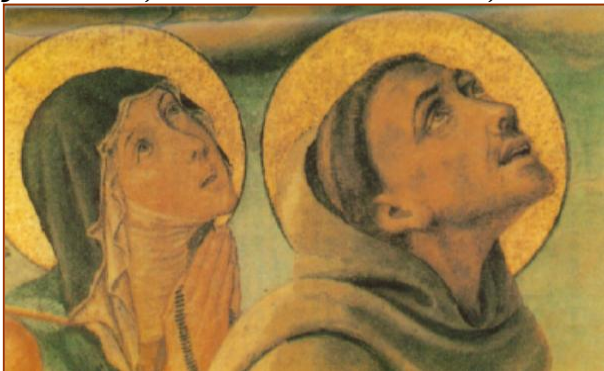
“Yo soy el Camino y la Verdad y la Vida... Yo soy el Buen Pastor”...

“Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos. Luego ven, y sígueme” .

Francisco y Clara, se dejaron iluminar por esta Palabra. En el Evangelio descubrieron el “tesoro” escondido de la felicidad, y enamorados de su belleza lo convirtieron en programa de vida para sí y para sus hijos.

Clara es la primera mujer que escribe su Regla. A esta Regla, aprobada por la Iglesia el 9 de agosto de 1253, la llama “Forma de vida”:

“La forma de vida de la Orden de las Hermanas Pobres, instituida por el bienaventurado Francisco, es ésta: guardar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, viviendo en obediencia, sin nada propio y en castidad”.



redentora, amarle y dejarse amar por Él.



Para ambos fundadores el Evangelio no es sólo un mensaje, una doctrina, sino la misma persona de Jesucristo, su Palabra, su vida de entrega a la voluntad del Padre y de servicio a los hermanos. “Guardar el Evangelio” es, pues, vivir según Jesucristo, seguirle más de cerca, implicarse en su misión

Como Clara y Francisco, María de Toledo se dejó fascinar por la belleza y el amor de Jesús de Nazaret, y renunciando a unas bodas terrenas, se entregó a Él como a su único Esposo, haciendo de su vida una ofrenda de amor y sacrificio en favor de "los miembros vacilantes" de su Cuerpo místico, la Iglesia. Su espíritu profético, fruto de su profunda experiencia de Dios, irradió de tal manera que –sin pretenderlo– trascendió los límites de la clausura, siendo muchas las personas que se beneficiaron de la eficacia de su oración y sabios consejos.



Cuando sólo contaba 39 años de edad, una grave enfermedad puso en peligro su vida; temiendo lo peor, las Hermanas y el pueblo entero se volcaron en plegarias y atenciones. Al percatarse de ello, herida en su humildad, exclamó: *“Una pobre hija de Santa Clara ¿morir con tanto ruido y publicidad? No será así, pues yo deseo morir como muere un pobre en el hospital, olvidada de todos, sin que nadie lo sepa más que Dios y mis monjas”*, como, en efecto, así sucedió. Era el 30 de noviembre de 1631, cuando Sor María de la Trinidad, Fundadora y Abadesa, moría casi repentinamente, rodeada de sus Hermanas, después de recibir la absolución del superior Provincial que se hallaba de paso. Tenía 50 años de edad y 25 de profesión en su amado Monasterio de la Anunciada.

Pero la vida y la obra de esta Clarisa singular no terminaron con la muerte. Su espíritu gigante, fiel reflejo de Clara de Asís, trascendió el tiempo y el espacio atrayendo en pos de sí a centenares de mujeres de toda condición social de España y de otros países, que a lo largo de cuatro siglos vivieron en este Monasterio destacando como ella en virtud y santidad. Muchas de ellas, imitando la intrepidez de la fundadora, llegaron a la clausura tras no pocas dificultades familiares; en algunos casos teniendo que huír de la casa paterna y del cariño excesivo de los suyos, a cambio de hallar la verdadera libertad y felicidad de sus vidas. De ahí que a la Anunciada se le conozca como el Monasterio de las “escapadas”...



En otros casos el proceso vocacional, aunque único y diferente en cada persona, surgió y maduró como la cosa más natural. Tenemos en nuestros días el ejemplo de M^a del Carmen García Pomareda,

nacida en Madrid el 17 de febrero de 1910. Desde sus más tiernos años desea ser monja de clausura y a los 15 intenta ingresar en un convento madrileño, pero ante la oposición de su madre Carmita tiene que esperar hasta los 18. Habiendo oído hablar de S. Lorenzo de Brindis, se dejó “enganchar” por su fama de santidad y se vino a la Anunciada. Al vestir el hábito de Clarisa recibió el nombre de M^a Celina del Niño Jesús, al que añadirá al final de su vida el de "sierva de la Santísima Trinidad", expresando así su profunda vivencia del misterio trinitario. Tras una vida de constante fidelidad a la Gracia, de servicio fraterno como Abadesa y Maestra de novicias, de inmolación generosa hasta la plena identificación con Cristo Pobre y Crucificado, nuestra Clarisa muere a los 52 años, el 26 de noviembre de 1962, ofreciendo su vida en holocausto de amor a la Trinidad por el éxito del Concilio Vaticano II y la santificación de los Sacerdotes. Hoy Sor M^a Celina es considerada como una de las místicas franciscanas más relevantes del siglo XX.

Y... la historia continúa:

La experiencia contemplativa de Clara de Asís, de María de Toledo, de Mari Carmen García Pomareda, sigue “enganchando” hoy como ayer. Sí, en nuestro siglo XXI, materializado y consumista, Jesús de Nazaret sigue haciendo la misma invitación y la misma promesa:



"Si quieres... Ven... Sígueme... Tendrás un tesoro en el cielo..."

Dios sigue llamando... Cristo sigue contando con personas de carne y hueso para implantar su reino de amor, de justicia y de paz en el mundo. Y en esta tarea universal la vida contemplativa juega un papel insustituible. Hoy como ayer, la Iglesia y el mundo tiene necesidad de corazones jóvenes, almas generosas que sepan decir "Sí" a Jesucristo, que no tengan miedo a dejarlo todo por Él, porque ciertamente, *"Cristo no quita nada, sino que lo da todo"*.

Lo dijo claramente Benedicto XVI en su primer discurso como Papa, y lo sigue reafirmando en sus encuentros con los jóvenes:

"Quien deja entrar a Cristo en la propia vida, no pierde nada de lo que hace la vida libre, bella y grande", dijo en Colonia.

Y a continuación invitaba a los jóvenes a poner todo el esfuerzo en *"servir sin reservas a Cristo, cueste lo que cueste"*.

Tú, puedes ser de esos jóvenes valientes y generosos que saben decir "Sí" a Jesús. ¿Te lo has planteado alguna vez?... ¿Estás dispuesta a seguirle incondicionalmente..., sin miedo a arriesgarlo todo por Él?...

Si te sientes llamada a dar a Dios lo mejor de tu vida, tu juventud, tus cualidades, tu afectividad... Si crees sinceramente que Él te llama a la vida contemplativa y no sabes qué lugar elegir, o tienes dificultades, dudas, etc., ponte en contacto con las Hermanas Clarisas de la Anunciada, visitándolas un fin de semana, y encontrarás la orientación y el apoyo espiritual que deseas.

También puedes hacer una experiencia de quince días o un mes, dentro del Monasterio. Ven, y sabrás lo que es ser libre y feliz detrás de unas rejas. Y *"podrás experimentar la dulzura escondida que Dios tiene reservada para sus amadores"* (Clara de Asís, Cartas).

JOVEN... ¡NO TE LO PIERDAS!...

¡VEN, Y VERÁS!...

¡TE ESPERAMOS!

Monasterio de "La Anunciada"
Hermanas Clarisas - ☎ 987 540 223
Plaza Anunciada, 1
24500 VILAFRANCA DEL BIERZO (León)

BIBLIOGRAFÍA

- FUENTES FRANCISCANAS. Escritos de San Francisco y Santa Clara.
- ARCHIVO DEL MONASTERIO DE LA ANUNCIADA.
- F. AJOFRÍN, OFMCAP: *Vida de San Lorenzo de Brindis*. (Ed.1904)
- M^a DEL CARMEN ARIAS, OSC: D^a María de Toledo y su obra: La Anunciada (ss XVI-XX). En Actas del I Congreso Internacional *La Clarisas en España y Portugal*. (1993)
- AGUSTÍN GUZMÁN SANCHO: *San Lorenzo de Brindis, Doctor Apostólico*. (1994).
- M^a VICTORIA TRIVIÑO: *La Santa Cima, Sor M^a Celina del Niño Jesús, Clarisa (1910-1962)*
- M^a DEL CARMEN ARIAS, OSC: *Presencia Franciscana en Villafranca del Bierzo*. En *Actas del I Congreso Internacional de Franciscanismo*. (2003)
- BERNABÉ MOYA Y JOSÉ MOYA: *Árboles Monumentales de España*. (2004).
- IGNACIO ABELLA: *La memoria del bosque*. (2007)
- BERNABÉ MOYA Y JOSÉ MOYA: *Cipreses Monumentales Patrimonio del mediterráneo*. (2007)
- JOAN BOSCH BALLBONA: *Paul Bril, Wenzel Coberghner, Willem I van Nieulandt y Jacob Frankaert I y los ermitaños de Pedro de Toledo, V marqués de Villafranca* . En *LOCVS AMENUS*, 9 (2008)
- M^a DEL CARMEN ARIAS, OSC: *La ilustre Fundadora de la Anunciada, María de la Trinidad Toledo y Mendoza (1581-1631). Una historia fascinante*. (IEB, 2009)